

(Viene de la pág. 42.)

deseaba que ella volviese para decirse lo todo, pedirla que lo sacase de allí y marchar a un castillo de sus antepasados, donde vivirían felices lejos de los comentarios de las gentes; precisamente uno de sus mayores, el Fuero de Soria, le había legado un señorío en aquellas tierras solitarias, donde podrían realizar la boda.

Por fin volvió, adivinó, más que oyó, sus pasos, y se sintió feliz de nuevo al notarse cogido por ella; de buena gana se lo hubiera dicho todo allí mismo, pero prefirió esperar, pues le cohibía un poco la presencia de sus contemporáneos y, además, quería comprobar si seguía siendo la misma de siempre o si algo la había cambiado aquellos días; llegaron a la mesa y se repitieron, una tras otra, las antiguas escenas; era el mismo el color de sus manos, los mismos el lápiz y el cuadernito y los mismos también su aliento, su carmin y sus polvos; ya estaba decidido, aquel mismo día empezaría a preparar su declaración de la única forma que él era capaz de hacerlo: por escrito.

Para ello empezó aquella noche a juntar en una hoja lo que había de decirle, a pesar de que cada palabra le costaba un sufrimiento atroz, tenía que arrancarla de la página en que estaba desgarrando su carne y estamparla en aquella última hoja que cuidaba con tanto cariño; le dolía mucho, pero no le importaba; además, él ya sabía que el amor es un continuo sufrir.

Cuando estuvo concluida, esperó; ella no podía tardar mucho en enterarse, pues estaba terminando su trabajo, y sólo unas páginas la separaban del final en el que él estampara su secreto—¡con qué emoción esperaba!—; estaba seguro de que ella volvería por curiosidad aquella hoja en blanco y leería sus palabras; creía adivinar la escena, se pondría encarnada como el día en que hizo ruido y la mandaron callar, y después accedería a su ruego.

Por fin llegó el día, terminó ella sus últimas notas, y cuando él esperaba que leyese aquella declaración que tanto dolor le costó, cerró el libro de golpe, y dejando el lápiz en la mesa, suspiró murmurando: «Por fin! ¡Qué pesadez!» Luego, con aquella indiferencia tan personal, guardó sus cosas, se acicaló como siempre, y aunque faltaba mucho para cerrar la sala, se



En Barcelona, y en la iglesia de Belén, se ha celebrado el enlace de nuestra camarada María Luisa Edelmira Matías, inspectora jefe de los Servicios Técnicos Femeninos Sanitarios de la Obra Sindical «18 de Julio», de Barcelona, con nuestro camarada Aurelio Lechuga Paños, inspector nacional de C. N. S. Fueron padrinos de la ceremonia el camarada Ramón Serrano Súñer, presidente de la Junta Política y ministro de Asuntos Exteriores, representado por el gobernador civil, camarada Correa Vegliison, y la madre de la novia, señora de Matías.

Suscríbe
una ficha azul

E. Madrid

alejó con aquel alegre taconeo que ya no volvería a oír más.

Después no supo lo que pasó por él; durante mucho rato no consiguió pensar nada, y por fin un empleado lo depositó en su estante murmurando: «Cualquier día se deshace; está demasiado viejo.»

Desde entonces, cuando alguien le consulta, se deja manejar con indiferencia, apenas si le mira y tan sólo desea que llegue la hora de volver a su viejo rincón tan lleno de recuerdos. Fue un sueño tan dulce y un despertar tan triste, que es seguro que no soñará jamás.

AVIADORES DE LA DIVISIÓN AZUL

(Viene de la pág. 13.)

ludante de Derecho. Desde el principio fué milicia activa. Y ahora, acabada su carrera de Leyes por condescendencia a las presiones familiares, no puede resignarse a la vida civil.

Hombre cortés, amable, distinguido, afirma que a nadie le interesa ni nadie lo reclama. Ni a nadie, por lo tanto, pudo ofender si en Rusia sintió alguna vez flechazo de veleidat... Aunque no es fácil descubrir entre aquellos montones de trapos, pieles feas y hule la gracia esbelta de una mujer.

Un día, el teniente Mendoza encontrará—sólo se encuentra una vez en la vida—una mujer en cuyos ojos de terciopelo tiemble su nombre. Ella puede ser feliz...; pero habrá perdido esta dramática y bellísima sensación de la angustia y la espera.

HAN VUELTO MUCHOS MAS...

... Y todos con idéntico valor, y todas con exacta ternura impaciente. Un hogar, el de Alcocer, se ha quedado vacío. Una novia, la de Aristides, rompe aún su pecho en la anhelosa espera.

Sean estas líneas intención de homenaje y respeto a unos y otros.

ESPERANZA RUIZ-CRESPO.

Coñac
DE CAÑO
CABALLERO

MAXIMA CALIDAD

